



Columna



Miguel Á. Vergara Villalobos
Bachiller Canónico en Teología (PUCV)

Cuaresma: invitación a reflexionar

La Cuaresma, que se inició el 5 de marzo, es un período de 40 días de preparación para conmemorar la pasión, muerte y resurrección gloriosa de Cristo. La Iglesia nos insta a intensificar la oración, el ayuno y la limosna. Estos sacrificios, que expresan nuestro amor a Cristo y a través de Él a nuestros hermanos, cobran sentido en tanto tengamos la íntima convicción de que Cristo es el hijo de Dios que, por amor, murió en la cruz para que alcancemos la salvación eterna.

“En esta Cuaresma oremos y ofrezcamos nuestros ayunos y otros sacrificios para la conversión de tantas almas que sufren el sinsentido de una vida sin la esperanza de la resurrección”.

Este tiempo es una invitación a reflexionar sobre nuestra fe, al hilo de las mismas preguntas que Cristo formuló a sus discípulos hace 2000 años. La primera: “¿Quién dice la gente que soy?”; y la segunda, más trascendental, que sigue interpelándonos hoy: “¿Y ustedes, quién dicen que soy?”. Pedro sorprende a Jesús con su respuesta: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios viviente” (Mt 16, 13-16); ojalá sea también la nuestra, más todavía cuando ahora sabemos lo que entonces aquel ignoraba. Con todo, la fe de Pedro -también la nuestra- aún debía templarse en la contradicción.

Así, a reglón seguido de su sobrenatural intuición, Pedro rechaza tajante el sufrimiento y la muerte que Cristo les explica que le acaecerá en Jerusalén, por instigación de los fariseos; probablemente, en su santa indignación, Pedro pasó por alto la maravilla de la resurrección al tercer día (Mt 16,21-22). Desde su perspectiva puramente humana, el sufrimiento del Mesías le parecía una incongruencia absoluta. No estaba en condiciones de comprender el misterio que Cristo develaba para sublimar el dolor a través del amor, ofreciéndolo a Dios como expiación por nuestros pecados y los de todo el mundo. Ante esta negación de la cruz, Jesús lo reprende con dureza diciéndole: “Apártate de mí, satanás”, y enseguida agregó: “El que quiera ser mi discípulo, olvídense de sí mismo, cargue con su cruz y sígame” (Mt 16, 23-24).

En definitiva, el mensaje es que la resurrección, también la nuestra, pasa primero por la cruz. El yugo del sufrimiento, que a veces Dios permite y nos cuesta aceptar, podemos transformarlo en una carga más llevadera (Mt 11,28-30), ofreciéndolo al Señor como expiación por las muchas culpas humanas.

En esta Cuaresma oremos y ofrezcamos nuestros ayunos y otros sacrificios para la conversión de tantas almas que sufren el sinsentido de una vida sin la esperanza de la resurrección; y para que Dios nos ayude a descentrarnos de nosotros mismos y a ser más generosos en la limosna. Eso sí, cualesquiera sean nuestras penitencias cuaresmales, procuremos que no sean cargas onerosas para quienes nos quieren y atienden.